

EL UMBRAL

Beatriz Malo

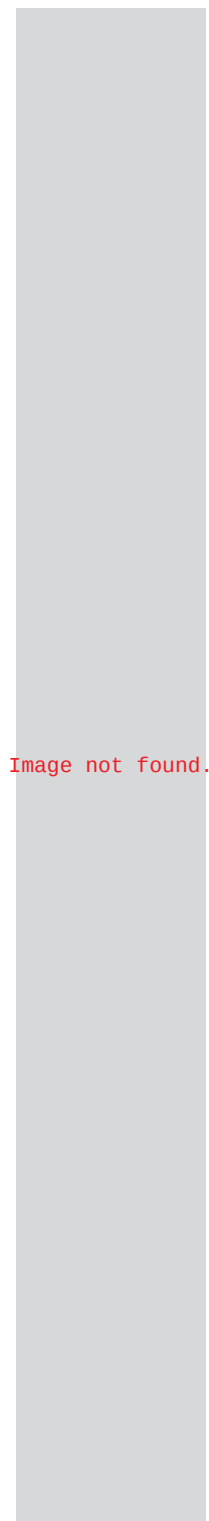


Image not found.

Capítulo 1

EL UMBRAL

Beatriz Malo.

Todavía se preguntaba si ella seguía guardando aquel regalo.

Posiblemente no.

Su hermano Ashir había mandado forjar en plata dos pulseras gemelas como regalo de boda para ellos. Se distinguían en la piedra engarzada y en el símbolo que contenían.

Una era de obsidiana, y tallada en la superficie, envolviéndola, una espiral que terminaba en una punta de flecha. Ésa era la que le simbolizaba a él, Harwan, con aquella imagen que todos en el Palacio del Cielo habían conocido. Era su símbolo, el que también había estado tallado en su silla del Consejo, en los escudos de su guardia, en las puertas de sus aposentos. En todo lo que le perteneció. Esa pulsera, con su esencia, era la que aún debería tener ella. La que estaba seguro que había dejado de llevar, hace mucho.

La otra, de cristal de roca, tenía tallada en su interior las fauces abiertas de una serpiente. Esa serpiente era el símbolo de su hermano Ashir. También de Zina. De la que Harwan nunca se había desprendido. Era lo único que le acercaba y le recordaba a ella. Lo único que aún poseía de ella. De la mujer que Ashir había dado vida. Una de las tantas que había creado a lo largo de los siglos.

De sus tres hermanos, Ashir fue el primero que siempre le dio su apoyo. En él se apoyó desde el origen de los tiempos, cuando los cuatro fueron creados por Tishen, el Primero de los Creadores, para ampliar el mundo del que él había surgido y transformarlo, ordenarlo, darle vida. Hasta que le falló.

Algunos días se preguntaba por él. La mayoría por ella.

Estaba seguro que hacía mucho que Zina se había olvidado de él. Su ira había dejado de torturarlo en aquella celda donde cumplía una condena injusta. Hacía mucho que no la sentía cerca. La primera vez había sido simplemente un aire más denso, más pesado, que le había despertado en mitad de la noche. Recordaba bien que era una noche sin luna. Se había

percatado después de que advirtiera una explosión sorda en el aire, que dejó en la celda una mezcla de sensaciones confusas. Sólo al final distinguió un perfume que había conocido bien.

Desde que le encerraron, había medido el tiempo por el rostro del carcelero que cada mañana le traía algo de comer, pero había llegado un momento que había perdido el curso de los años. El paso de los siglos le había trasladado a un mundo donde la piedra, la escasa luz del sol y la humedad que reinaba en los rincones del último calabozo del Palacio del Cielo se habían convertido en una parte más de él. Ya no intentaba averiguar nada de arriba. Nunca recibió respuesta alguna de los carceleros que entraban al amanecer, en silencio, y se marchaban dejando tras ellos el chirrido de las bisagras oxidadas.

Apretó con fuerza la pulsera, mirándose el puño cerrado. La plata estaba sucia y el cristal de roca tenía algunas grietas. La serpiente aún seguía emitiendo leves destellos con el roce de su piel. Aquella luz anaranjada le calmaba entre los rayos de luna quebrados por los barrotes de las ventanas. En el silencio perduraban las voces de la última noche. Se repetían una y otra vez desde que la esencia de Zina, que ella había enviado a aquella celda los primeros años o décadas de su condena, ya no le torturaba ni con su ira, ni con su desprecio.

Harwan había creído que podía desafiar al Consejo por el simple hecho de saber que Tishen se estaba equivocando. Creyó contar con el apoyo de Ashir, y aprovechar la confusión de sus otros dos hermanos. Creía que también ellos lo comprenderían. Harwan se había dado cuenta del gran poder que Tishen iba a ofrecer a los nuevos hombres que quería crear para poblar la tierra que existía más allá de las cumbres de las montañas: en las laderas, los valles, las llanuras de los grandes continentes y en las islas del mar.

Habían discutido mucho. Era demasiada la libertad que les querían regalar. Pero no les ofrecería el conocimiento de la verdad, de lo que existía más allá de lo que sería su mundo, ni de sus orígenes ni de quiénes eran ellos. Harwan había insistido en las interminables reuniones que algún día aquello se volvería contra ellos. Cuando esos hombres descubrieran su origen, cuando quisieran ser como ellos. Y aún más por la decepción de todo lo que les habían negado conocer mezclado con el orgullo de haberlo averiguado. Para Tishen era un juego, un reto. Nunca escuchó razones. Y siguió adelante. Siempre se reía cuando Harwan le insistía que ese muro invisible, cristalino, inquebrantable, que dividía a los dos mundos no podría ocultarles eternamente, que su juego se acabaría. Tishen había asegurado que si todo desembocaba en un caos incontrolable él tenía la solución. Había jurado que pondría fin a ese mundo si todo salía mal. Harwan le había mirado a los ojos. No sabía

dónde él quería poner el límite.

Había sido tras una de aquellas discusiones cuando se levantó de su silla del Consejo aquella última noche. Cuando desafió a Tishen, cuando le amenazó con ocupar su lugar. Y cuando se quedó solo.

Ashir no le apoyó. El resto de sus hermanos simplemente le observaron mientras reclamó a Ashir que todo aquello que estaba reclamando, él también lo apoyaba. Ashir lo negó todo, y Tishen declaró su condena.

Lo hizo porque se sintió demasiado seguro, porque no aguantó más. Hacía algún tiempo que Harwan intuía el secreto del Primero de los Creadores. Creyó haber descubierto el objeto que Tishen guardaba, eso de lo que hablaba cuando decía que podría destruir a los hombres cuando lo deseara. Había buscado en cada rincón del Palacio del Cielo hasta que descubrió lo que se estaba realizando en las forjas. Una semilla. Al observar el oro fundido envuelto en la luz del poder de Tishen entendió todo lo demás.

No se arrepentía. Pero después de tantos siglos, lo que más anhelaba era la compañía de Zina, y que las últimas palabras que hubiera escuchado hubieran sido las suyas. No le importaba cuáles. Harwan apretó con más fuerza hasta notar entre sus dedos un hilo de sangre. El dolor siempre le alejaba del frío. Le apartaba por un instante de sus recuerdos.

Nadie había ido a visitarle. Nunca. Durante los primeros años vivió esperando. Deseaba que fuera Ashir, pero se hubiera consolado con ver a cualquiera de sus otros hermanos. A veces, incluso, imaginó la visita de Tishen. La imagen de la pared de roca, irregular, húmeda, le devolvió como tantas veces sus últimas palabras. Tishen le dijo que pasaría la eternidad arrepintiéndose.

No se arrepentía.

Sólo lamentaba el dolor que le causó a ella. El no haber hablado con Zina.

Ahora, ella sólo podría saber lo que hizo por boca de otros. Debía haberle contado sus razones. Zina fue a la única que nunca espero ver. Y sabía que nunca vendría. Sólo le había enviado esencia en forma de odio, de reproches.

Aún deseaba explicarle el por qué.

Abrió el puño. Recorrió con los dedos cada eslabón de plata. Acarició el cristal de roca.

Tenía la certeza de que ya se había olvidado de él.

Él la quiso desde el instante en que solamente era unos trazos sobre el papel. Ashir había creado a Zina como una más. Sus creaciones siempre habían sido mujeres. A cada una de ellas se dedicaba con toda su alma. Primero dibujándolas y tallando los moldes en madera. Después los mandaba a las forjas de Palacio. Los días de espera los dedicaba para estar en su taller, pensando en un nombre, los colores con los que pintaría el metal, y el lugar exacto dónde pondría su sello.

Harwan cerró los ojos al recorrer en su memoria la espalda de Zina. El cuerpo de la serpiente se amoldaba a cada una de sus vértebras para acabar con las fauces abiertas al borde de la nuca.

Al volver la mirada al cristal de roca se refugió en el brillo que emitía ese mismo animal dentro de la piedra. Le había resultado curioso que Ashir no se quedara con ninguna de ellas. Nunca quiso elegir. Le gustaba pasar un tiempo con cada mujer para después dedicarlas a su servicio o para alguno de los trabajos del Palacio. Decía que debía conocerlas primero para que ocuparan el lugar que merecieran. Nunca se había equivocado.

A veces buscaba en sus creaciones pasadas para recordar sus antiguos logros. "Cada una es un instante", le dijo una vez, "y a veces me gusta recordar qué fue lo que las hizo especiales". En ellas había destacado un detalle, una cualidad. alguna era perfecta en todas sus proporciones. Muy pocas.

Recordaba cada detalle de ese día en que le fue a buscar a su taller. Había sido una mañana en las que había quedado con él para tratar unos asuntos del Palacio del Cielo. Su hermano le había dicho que fuera a su taller, que estaba empezando una nueva creación. Había entrado y cerrado la puerta, le saludó, se sentó en un sofá junto a la ventana y comenzó a hablar sin que él se diera la vuelta ni le dijera nada. Pero le estaba escuchando. Sabía que Ashir siempre escuchaba.

Al cabo de un rato Harwan se había acercado a su mesa, en el centro de la sala. Se quedó a su espalda, mirando los trazos negros, ágiles, que estaba dibujando sobre el papel blanco. En ese momento ella era solamente un par de líneas curvas que marcaban la silueta, y otras de tinta más diluida dibujando el pelo liso, cayendo por la espalda hasta la cintura. De su rostro de perfil, sólo había dibujado el ojo, mirando de soslayo hacia un punto indefinido.

Cuando notó su silencio, Ashir comenzó a darle su opinión sobre todo lo que había venido a consultarle. Le contestó por orden a lo que le había preguntado sin levantar en ningún momento la mirada del papel y sin detenerse en los trazos que iban convirtiéndose en las curvas finas de una

mujer.

Harwan se encargaba de la administración del Palacio del Cielo y necesitaba tener cuanto antes el boceto que le había pedido un mes atrás de la primera mujer que poblaría la tierra junto al hombre que Tishen estaba creando. Aquella era la época en la que estaban planificando la creación de los nuevos hombres. Cuando todo iba a salir bien. Cuando esa opción parecía la correcta. Cuando él también creía en ello.

Había dejado de escuchar a Ashir perdido en el movimiento de su mano y en la vida que parecía cobrar la figura con cada sombra y cada línea de su cuerpo desnudo. Ya le había visto otras veces dibujar. Solían verse allí cuando él estaba trabajando en alguna de sus creaciones. Otras veces iban simplemente por costumbre.

Aquella fue la única vez que había sentido celos de su arte. Cuando lo dio por terminado, unos pocos minutos después. Le preguntó qué le parecía. Harwan simplemente asintió. Ashir creyó que no le había gustado, pero nunca le importaba si sus opiniones no eran las mismas. Inmediatamente dejó el papel sobre la mesa y le entregó aquellos que había venido a buscar.

Cuando ya se estaban despidiendo, Harwan le preguntó por esa mujer que aún no había creado, de una manera desinteresada, por simple curiosidad, como le solía preguntar por las demás antes de ella. Desde ese día visitó a Ashir más a menudo, con excusas para hablar con él, y ver el progreso de su nueva mujer. Harwan no se atrevió a pedírsela hasta que algunos meses después supo que le había asignado un trabajo en las lavanderías del Palacio.

Ashir se había reído cuando Harwan le insinuó que quería tomar a una de sus mujeres. En Palacio era sabido que sus creaciones no se debían tocar. Pero a él se lo permitió. Sólo si ella quería. Y aquello fue lo más difícil. Ashir nunca le tomó en serio hasta que le dijo que se casaban.

“Yo no supe verlo aquel día”, le sonrió, justo antes de entregarles las pulseras que fueron su regalo. Quería que fueran un recuerdo para que siempre permanecieran unidos. También como algo que le unía más a él, como el símbolo de que su lealtad sería eterna.

Abrió los ojos, sobresaltado, al sentir por un momento la voz de su hermano en el aire. A veces le ocurría, sobre todo cuando soñaba.

Pero esa sensación de compañía no desapareció.

- Necesito que te marches de aquí.

Esta vez su voz sonó clara. Vio su silueta junto a la puerta cerrada.

Sopesó unas palabras que debían haber llegado hacía mucho tiempo. No deberían haber sido aquéllas.

Observó la persona que tenía delante. Tantos años, tanta espera.

Ashir le miraba, esperando. Podía verle iluminado por la luz de la noche. Su rostro reflejaba el peso de los siglos. Su mirada era lejana.

Harwan le contestó con una sonrisa.

- Ahora – insistió –. Te ayudaré a salir de aquí.

Ashir se acercó despacio. Él no dejó de observarle. Serio. A unos pasos de sus propios pies. Harwan no se levantó. No podía. Se limitó a observarle desde abajo. Le reconocía, había cambiado poco, pero le costaba asimilar que él fuera esa persona que en el pasado había confiado tanto.

Ciegamente. No había visto las dudas que fueron surgiendo en su hermano a medida que Harwan se daba cuenta que el nuevo mundo que estaban poblando tenía fallos, que esos hombres que salían de las forjas del Palacio del Cielo tenían debilidades, y que cada día Tishen estaba más decidido a darles mucho más de lo que hubiera sido prudente.

Harwan miró a su hermano a los ojos.

- ¿Qué quieres ahora de mí? ¿Por qué debo marcharme? ¿Por qué has venido tú?

Cuando Ashir se arrodilló y le tuvo de frente supo que su recuerdo y sus actos en el Palacio del Cielo habían marcado los años y los siglos que habían venido después. También en el resto mundo. Al mirarle, al ver sus ojos a escasos centímetros de su rostro, repitió para sí las últimas palabras de Tishen en aquella última noche. Su condena había sido saber que todo pasaba sin él.

- Debes venir conmigo – susurró.

Harwan ya no tenía prisa. Ni por responderle, ni por tomar lo que creía que le estaba ofreciendo. Ya no quería la libertad. Había dejado de desearla en ese mismo instante. Sólo quería mirar a la persona que tenía de frente y que tanto había esperado. Antes. Cuando todavía tenía la esperanza de escucharle, de pedirle explicaciones, incluso favores.

Ashir comenzó a quitarle los grilletes.

Harwan no se movió.

Sólo podía ver en él al hermano que creía fiel. Al hombre que le negó, que le dejó solo en una rebelión que había encabezado y que Ashir siempre apoyó. Recordaba su actitud impertérrita en el Consejo. En la última reunión. Su silencio cuando se levantó. El no haber adivinado que las dudas de su hermano le conducirían al fracaso.

Había esperado muchos años por verle donde ahora estaba.

Desvió la mirada al dejar de sentir el peso del hierro en sus muñecas. Se pasó una mano por las marcas y cicatrices que le habían dejado cuando en el pasado intentó escapar de ellas. Al levantar los ojos, vio que su hermano estaba perdido en su puño cerrado.

- ¿Por qué has venido? – repitió Harwan.

Se miraron.

- Han pasado mil años desde aquello - le contestó -. Ha sido tiempo suficiente.

Harwan no entendió cómo Ashir podía valorar un tiempo que él no había perdido. Harwan le agarró una muñeca y le colocó en la mano la pulsera de plata y cristal de roca. Ese antiguo sentimiento, esa traición que estalló en su última noche, le recorrió de nuevo al desprenderse del objeto que le había unido al mundo que se extendía más allá de esas paredes.

- Dáselo a ella. Que al menos se acuerde una vez más de mí.

Ashir se levantó. Él también. Sabía que lo haría. Aunque no le respondiera sabía que regresaría sobre sus pasos y que cumpliría el favor que le acababa de pedir. Comprendió que esos mil años habían sido suficientes para su hermano. Para que se diera cuenta que todo lo que una vez planearon había sido lo correcto. Vio en sus ojos que sí, que se arrepentía, que se había cumplido todo lo que él predijo. Que aunque tarde, quería ayudarle para soportar la culpa de no haber frenado todo aquello a tiempo.

Harwan sintió de nuevo aquel deseo de venganza que le había acompañado durante los primeros años en la celda y que le habían recordado los grilletes que le mantenían atado a ese lugar cuando de vez en cuando lo olvidaba. Al cabo de los siglos incluso aquello había perdido sentido. Se preguntó, al escuchar la puerta al abrirse, cómo había podido olvidarlo.

Dio unos pasos en aquel túnel inmenso que parecía no llevar a ninguna parte. Se detuvo. La mano de su hermano en su espalda le tensó, le puso

nervioso. El corazón le palpitaba en sus oídos. Paseó la mirada por cada una de las antorchas que se perdían en una oscuridad que anunciaba el final de los calabozos y el comienzo de lo que sería otra vez una vida. Imaginó las escaleras que le habían conducido allí. Sentía las piernas entumecidas. Se dio cuenta que no se había puesto en pie desde que le arrojaron a la celda. Se miró las manos, los pies descalzos. Ashir intentó hacer que siguiera andando. Le dijo algo que no escuchó.

Harwan corrió hacia el final del túnel y encontró aquella escalera estrecha de caracol. Subió rápido. No contó los escalones, ni los pisos que subía. Tampoco sus propias fuerzas que querían impedirle llegar al final. Arriba, a la torre. Abrió la puerta, y se dejó caer en el umbral. Respiró hondo. Amanecía. La madera del marco no estaba húmeda. Hacía calor. Al otro lado de ese tramo de la muralla se extendía el Palacio del Cielo.

Se volvió cuando escuchó unos pasos a sus espaldas. Hasta ese momento le había parecido natural que no hubiera nadie a su alrededor, que no se hubiera cruzado con ningún guardia. Era Ashir. Miró primero sus pies, después levantó la cabeza para mirarle a los ojos. Llevaba mucho tiempo planeando aquello.

- Ve.

Hizo un gesto con la cabeza señalando la torre del este. Allí donde se encontraba la zona privada de los dueños del Palacio, los aposentos de Tishen en lo más alto, y los suyos y de sus hermanos más abajo. Donde también podría estar ella en esos momentos.

Harwan le sostuvo la mirada. Sintió que Ashir le estaba dando permiso por algo y por alguna razón que se le escapaba.

Entonces volvió a recordar que el tiempo había pasado. Mucho tiempo. Se puso en pie y comenzó a entenderlo. Tuvo la certeza de que las cosas habían cambiado. Se dio la vuelta, y fue a donde Ashir le había sugerido. Cuando en un instante lo entendió. Volvió a descender las escaleras hasta alcanzar el pasadizo que llevaba al otro lado de la prisión, directamente al interior del Palacio del Cielo. Conocía los subterráneos. Tishen les había concedido a él y a sus hermanos el privilegio de conocer todos los secretos del Palacio.

Sabía donde estaba ella. Al ascender en la torre del este había sorteado a los guardias y criados hasta detenerse en la soledad del tercer piso. Se había quedado un momento ante las puertas de sus aposentos. Observó en ellas la espiral que terminaba en una punta de flecha, pero pasó de largo. Zina ya no estaba allí.

Entró sin llamar en la puerta que había un poco más adelante, custodiadas por dos serpientes talladas en la madera de los dinteles. Erguidas, con las

fauces abiertas.

Ella no se giró. Siguió apoyada en el marco de la ventana, al otro lado de la habitación. Simplemente se movió un poco. Respiró hondo. Como si su llegada no hubiera sido más que una leve brisa.

Harwan cerró la puerta.

- ¿Ni siquiera vas a mirarme?

- ¿A caso lo mereces?

Y entonces se volvió. Le miró con la misma ira que había sentido las veces que su esencia le torturaba en la celda. Cuando le reprochaba de aquella manera todo lo que había hecho. O el haberlo hecho sin contar con ella. Intuyó que disfrutó al verle así, con las señales que delataban los siglos que había cumplido una condena injusta.

Estuvo observándole durante un tiempo indefinido. No le importó sabiendo que era ella, recordando los días y las noches que había esperado una señal de que aún se acordaba de él. Aunque le detestara, aunque le odiara. Cuando le habló lo hizo despacio.

- Sabía que Ashir iba a buscarte hoy. Que te iba a dejar marchar. Le esperaba a él. No creía que fueras capaz de venir hasta aquí.

Calló un momento y se acercó a él sin dejar de mirarle a los ojos.

- Pero quiero preguntarte una cosa – susurró –. No quiero que te vuelvas a ir sin preguntarte una cosa.

Harwan esperó. Había imaginado en cada uno de los días que pasó en los calabozos un momento como aquel. Había deseado encontrarse con Zina otra vez. Su nombre había evocado en la penumbra cada segundo que pasó con ella y el anhelo de volverla a ver. Pero al tenerla ahora así, mirándole como tantas veces había imaginado que lo haría, dudó haber hecho lo correcto al intentar despedirse de ella. Sabía qué significaba ese lugar en el que ahora se encontraban, su mirada, lo mucho que le había dicho en aquellos pocos minutos que llevaba allí y con tan pocas palabras.

- ¿En qué momento dejaste de confiar en mí? ¿Qué te ocurrió para que todo esto dejara de ser importante?

Entendió que ella ya se había respondido hace mucho a esas preguntas. Que la gente que le rodeó también le había ayudado a responder a lo que vino después de aquella última noche. Pero él se vio incapaz de hablar con ella. Volvió a ser consciente, ahora con certeza, de que hacía mucho que

se había olvidado de él. Sabía que no había sido por una cuestión de confianza, y que con ese "todo" únicamente se refería a ella. Aquellas preguntas no fueron más que una duda que quedó pendiente.

Harwan sólo pudo mirar a partir de ese momento a sus brazos cruzados bajo su pecho. Se acercó a ella. Debajo de las mangas del vestido blanco no encontró nada que delatara que entre aquellas pulseras de colores estuviera también la suya. Alargó el brazo. Ella no se movió.

Zina le agarró fuerte de la muñeca mientras él la acariciaba a través de cada una de las pulseras que llevaba.

- ¿Qué hiciste con ella?

Al mirarla, Zina sonrió sin mirarle a la cara, con la mirada fija en la mano que aún le sujetaba.

- ¿Y tú?

Le miró una última vez y se alejó unos pasos de él.

Harwan no respondió. Ella tampoco. Comprendió que ahora sí podía marcharse, que había dejado todo zanjado en el Palacio del Cielo. Que ahora podría dedicarse con la paz que necesitaba a cumplir lo que no le permitieron hacía mil años. Regresó sobre sus pasos y encontró en la torre de la prisión a su hermano que aún le esperaba. Sin decirle nada le condujo a las puertas del sur. A las que daban acceso al mundo de los hombres.